

LA RUTA DE LA MEMORIA

Dos angelitos blancos



Era costumbre en el Getafe de los años 50 que dos angelitos potenciaran la escenografía de las comuniones que en el municipio se celebraban. El día de la Ascensión, que se alcanzaba tras la Semana Santa, era el elegido para que La Magdalena o Los Escolapios, entre otros emplazamientos, absorbieran a las decenas de pequeños que iban a recibir el cuerpo de Cristo. Los dos protagonistas con alas se pasaban la ceremonia muy quietos, sentados en un banco delante de los que esperaban el sacramento. Lo de la foto vendría después del acto religioso. Ya más distendidos, los *atrezzos* humanos disfrutaban con los otros niños (mientras los padres aguardaban fuera) de un desayuno en el interior del bar Nacional (chocolate, bizcocho y churros) sentados sobre las mesas de mármol y patas de hierro. Hasta el establecimiento situado en la calle Madrid (ahora es sustituido por una tienda de niños) llegaba la comitiva en procesión. Otra costumbre de hace medio siglo.

No era la única ocasión que se reclamaba la presencia de los tiernos angelitos. Además de en las comuniones, éstos hacían su aparición en otros eventos religiosos que con tanto fervor se vivían en esos años. En el Corpus, en la conmemoración del Año Mariano (cuando se llenaba una carroza de criaturas celestia-

les que rodeaban a la Virgen María), en los Reyes Magos (algunos recuerdan aún el portal que se montaba en el altar de la Catedral)...

Pero, volvamos a la instantánea. No rebasarían los cinco años las pequeñas disfrazadas. Una de ellas es Sagrario Fernández, que rememora nítidamente ese pasaje de su infancia. Destaca la ilusión que le provocaba sentirse protagonista. Hasta los siete años siguió prestándose al ritual en el que se calzaba el traje que le prestaba la Iglesia. Una Sagrario de 57 primaveras no olvida que después del evento sacro, después del chocolate con churros, sobrevenía la fiesta a Getafe.

Jornadas después, el Parque de Recreo (que daba a la calle Arboleda y a la calle San José) se abría al baile, a la limonada y a la algarabía de los que lo frecuentaban en esos días. Semanas más tarde, cuando llegaba el estío, el baile se trastocaba por el cine de verano con sus sillas de madera. El Parque de Recreo era uno de los lugares de ocio y esparcimiento más transitados, llegándose a celebrar bodas en sus lindes, señala Sagrario.

Noemi Moyano

Foto cedida por Sagrario Fernández